

XVIII.

Las sentidas palabras de María  
Escuchaba Fernando confundido,  
Y su pensar doliente se perdía,  
Repasando de pronto su sentido,  
En conjeturas mil. Ella veía  
Su inquietud con semblante dolorido  
Y sintió á su pesar lágrima ardiente  
Correr por su mejilla de repente.

XIX.

Y entónces con presteza, de Fernando  
Tomando el brazo, en que siguió apoyada,  
Partió sin mas hablar, siempre avanzando  
Con fija direccion á su morada.  
A ella llegaron ambos y dejando  
En aquel punto el lado de su amada.  
—“Muy pronto nos veremos, vida mia,”  
—Dijo Fernando.—“Adios!”—dijo María.



FERNANDO Y MARÍA.

CANTO CUARTO.

I.

¿Por qué tras la tiniebla del misterio  
Siempre de la existencia en el camino,  
Con un tirano y pertinaz imperio  
Nos vela el porvenir nuestro destino;  
Y al pretender la mente el cautiverio  
De incertidumbre abandonar, sin tino  
Revuela sin cesar en un recinto  
Que la envuelve en oscuro laberinto?

II.

¡Grata ilusion del bien! ¡Bello lucero  
Que brillas inconstante entre celages,  
Para alumbrarnos mágico sendero  
Cercado de malezas y ramages;  
Y cuando con esfuerzo postrimero  
Llegamos á los célicos paisages  
Donde creemos habita la ventura,  
Escondes tu fulgor tras nube oscura!

**III.**

Caminaba Fernando con tristeza  
Hacia su estancia, cuando el sol fulgente  
En un cielo de espléndida limpieza,  
Estendiendo los rayos de su frente  
Se acercaba al zenit: con gran presteza  
Llegó Fernando á la feraz corriente  
Del umbroso Atoyac, que dividía  
Su estancia de la estancia de María.

**IV.**

Y aunque corta, no encuentra fino amante,  
Distancia que del bien porque se afana  
Lo divide importuna, era constante  
A Fernando que estaba bien cercana  
De su mansion, aquella que anhelante  
Miraba al caminar esa mañana;  
Porque guardaba á su adorada bella  
Y el alma el infeliz dejaba en ella.

**V.**

El infeliz, á quien la dura saña  
De un amor que en mil dudas le ponía  
Le rompe el corazon con pena estraña  
La respuesta recuerda de María;  
Y al recordarla, como débil caña  
Que el viento agita con potencia impía,  
Su turbado y ardiente pensamiento  
Vaga á merced de bárbaro tormento.

**VI.**

Llegó por fin á su morada triste,  
Que siempre triste con dolor juzgamos  
El sitio donde el pecho no resiste  
La ausencia del objeto que adoramos:  
Donde este no se encuentra, nada ecsiste  
Que nos agrade y pronto nos cansamos,  
Sin encontrar momento de reposo,  
De todo cuanto el hombre juzga hermoso.

**VII.**

Pasó por fin el día; la noche lenta  
Tendió en los cielos negro cortinaje;  
Sucedióle la aurora, en flor sedienta  
Vertiendo su rocío. Entre el ramage  
Sobre un caballo un hombre se presenta  
Corriendo con afan, en pronto viage,  
Y era Fernando que al rayar el día  
A la estancia llegaba de María.

**VIII.**

A la huérfana mira complaciente,  
Y besando su mano primorosa  
A su lado se asienta, y con ardiente  
Espresion la saluda: cariñosa  
Ella responde, y su nevada frente  
Enciéndose al momento ruborosa;  
Mas pálida se torna en el instante  
Y la tristeza cubre su semblante.

**IX.**

Gratas horas al lado de la bella  
Pasó Fernando en ese mismo día,  
Y constante tambien al lado de ella  
Breves meses pasó; que no podía  
Un momento dejarla sin que aquella  
Inquietud, que en mil dudas le ponía,  
Mas y mas su violencia duplicara  
Y mas y mas su pecho desgarrara.

**X.**

Y siempre al separarse de María,  
Avanzada la noche, el fiel Fernando  
Suspirando de amor, se despedía;  
Que su acento de amor siempre espirando,  
De sus labios ardientes no salía,  
El duelo de su amada respetando;  
Que es destino de tiernos amadores  
Sufrir entre respetos y temores.

**XI.**

En una noche, cuando luna llena  
En límpido horizonte fulguraba  
Alumbrando magnífica y serena  
La inmensa tierra que en silencio estaba,  
Del Atoyac en la ribera amena  
Que al viento sus perfumes eshalaba  
Hallábase Fernando en compañía  
De su amada y bellísima María.

**XII.**

Perdíase en Occidente ya el vislumbre  
Del crepúsculo grato, siempre breve;  
Y del Popocatepetl la alta cumbre,  
Ornada de perpetua y blanca nieve,  
Parecía sostener la pesadumbre  
Del firmamento á su grandeza leve;  
Cual si el Autor del mundo lo formara  
Para que su mansion le sustentara.

**XIII.**

Las estrellas con vívidos fulgores  
En el azul del cielo reluciendo,  
Destellaban radiantes resplandores  
En las volubles aguas, que corriendo,  
Reverberos formaban bullidores  
Los unos á los otros sucediendo;  
Brillando la corriente en vasto espacio  
Con la luz del diamante y del topacio.

**XIV.**

El murmullo del aura y la vertiente  
De las sonantes aguas á porfía  
De aquella soledad únicamente  
El solemne silencio interrumpía;  
Y en ella la natura floreciente,  
Para sensibles seres parecía  
Espléndida eshalar en su bonanza  
Un gérmen de placer y bienandanza.

XV.

Al dulce beso de la brisa amante  
Estremecíanse lánguidas las flores,  
Y el insecto en su seno palpitante  
Gozábase sensual en sus olores;  
Los sauces en el agua murmurante  
Por sentir sus halagos seductores,  
Hasta la superficie trasparente  
Corvos doblaban la modesta frente.

XVI.

Ebrias con el perfume de las rosas  
Encendidas luciérnagas volaban,  
Y en las ramas del álamo vistosas,  
Las palomas silvestres reposaban,  
Apénas en las grutas misteriosas  
Los rayos de la luna penetraban,  
Respetando su sombra cubridora,  
De amantes solitarios tentadora.

XVII.

¡Feliz Fernando! de placer bañada  
Inmensa el alma para amar sentía,  
Sobre su ardiente pecho reclinada  
Estaba la cabeza de María;  
Ella del mundo entero allí olvidada  
Se mostraba á la vez, y parecía  
Que de un profundo y solo pensamiento  
Dominada se hallaba ese momento.

XVIII.

Con los brillantes ojos elevados  
Hácia los cielos, pálido semblante,  
Entreabiertos los labios sonrosados,  
Mal cubierto su seno palpitante,  
Luengos cabellos, negros, destrenzados,  
Negra la vestidura, revelante  
De su hondo duelo, un mundo de ternura  
Inspiraba su lánguida hermosura.

XIX.

El sueño de deleites seductores,  
Que deidades nos pinta celestiales,  
Al borde de torrentes voladores  
Refrescando sus miembros virginales;  
O con telas de fúlgidos colores,  
Transparentes cual nubes matinales  
Adornadas sus formas, no fingiera  
Beldad que á su beldad se pareciera.

XX.

Fernando, de repente de María  
Un suspiro escuchó mal reprimido,  
Y de sus ojos vió se desprendía  
En raudales el llanto dolorido;  
—“¡María!” le dice,—“¡lloras. . . cuando había”  
“En mi dicha fantástica creído  
“Que unidos por simpática ternura  
“Del cielo nos bañaba la ventura!

**XXI.**

“¡Maldito al fin mi amor! que ya comprendo  
“La causa de tus cuitas: no, no me amas,  
“E inmensas, mis desgracias conociendo,  
“Por mis desgracias lágrimas derramas:  
“No me amas, ya lo sé; compadeciendo  
“Mis desventuras, compasion reclamas,  
“Mas no lo digas, si á tu mismo acento  
“No ha de seguir mi muerte en el momento!

**XXII.**

“Esa naturaleza que apacible  
“Pompa de nuestra dicha parecía,  
“Tórnese en el momento tan terrible  
“Como el dolor que rompe el alma mia;  
“Perezca el corazon que á la sensible  
“Impresion del placer feliz se abría,  
“Perezca el mundo en congojoso duelo  
“Bajo la pesadumbre de ese cielo.”

**XXIII.**

—“Calla! blasfemo, calla!” le responde  
Ella fuera de sí, —“mi pecho amante,  
“Arde como un volcan cuando le esconde  
“A tus ojos su fuego devorante;  
“Pero este corazon que corresponde  
“A tu febril amor, por incesante  
“Dolor, se abisma en negra desventura,  
“Llenando á quien te adora de amargura.”

**XXIV.**

—“¡Y ese tu corazon es todo mio!”  
Gritó Fernando, en su convulso pecho  
Oprimiéndola ardiente, “y duro y frio,  
“No muero de placer y en mi despecho  
“Maldije del amor con labio impío!  
“¿Tú mi esposa serás?” —“Su helado lecho  
“Antes me dé la tumba,” le responde,  
Y entre sus manos su semblante esconde.



**VI.**

Porque en vano Fernando con porfía  
Su secreto arrancarle procuraba  
A la angustiada y tímida María,  
La que por evitarlo se afanaba  
O en triste llanto con dolor rompía,  
Y nunca sus preguntas contestaba:  
Y en este estado meses se pasaron  
Y de ambos los dolores aumentaron.

**VII.**

En una tarde cuando el sol hermoso  
Estaba al sepultarse en Occidente,  
De su amada al recinto primoroso,  
Llegando el fiel Fernando, de repente  
Escuchó que con canto melodioso,  
Del arpa acompañada dulcemente,  
Esta letra á sus solas repetía  
La voz de querubin de su María.

Mas grato que el aura  
Que va susurrando,  
Tu acento, Fernando,  
Calmó mi dolor;  
Mas ¡ay! cuando pienso  
Que en vano te adoro,  
Se agolpa mi lloro  
Y espiro de amor.

Feliz si te miro,  
Olvido mi duelo,  
Porque eres mi cielo,  
Mi gloria, mi Dios;  
Mas ¡ay! un terrible  
Destino arrebató  
Mi dicha, y me mata  
Y espiro de amor.

Ensueños que mi alma  
Seducís amantes  
¡Ay! ¡por qué constantes  
No sois por favor?  
Porque cuando en brazos  
Estoy de mi dueño,  
Despierto del sueño  
Y espiro de amor.

Amando y amada  
¡Ay! triste suspiro,  
Lo pasado miro  
Con fiero pavor;  
Opongo impotente  
De amor al imperio,  
Un negro misterio,  
Y espiro de amor.

**VIII.**

Calló María, y rápido Fernando  
Ante sus ojos presentóse luego,  
Diciendo:—“Fiel paloma, ángel que amando  
“Haces mi pecho arder en vivo fuego,  
“Serás mi esposa al fin, sí, aun cuando  
“Se oponga el mismo cielo.—Te lo ruego.”  
“Calla por Dios”—repúsole la hermosa,  
“Siempre seré infeliz, nunca tu esposa.”

**IX.**

Infeliz ciertamente que abatida  
Por un pesar continuo se encontraba,  
La color del semblante ya perdida,  
Perdida la salud; todo mostraba  
Que lentamente su preciosa vida  
En flor estando, en flor se marchitaba;  
Y que de juventud el bello huerto  
Era para ella bárbaro desierto.

**X.**

Separóse Fernando de María  
El alma henchida de fatal tristura,  
Y á su estancia marchó: poco había,  
Sobre su fiel corcel en noche oscura,  
Avanzado quizá por fácil vía;  
Cuando de la arboleda en la espesura  
Atrevido ginete lo detiene,  
Diciéndole:—“Defiéndase el que viene.”—